



Manuel Bretón de los Herreros

La nodriza

¡Ay! no siempre una madre cariñosa
Te cabe en suerte, malhadado infante,
Que en su seno te abrigue
Y a tu labio anhelante
Dulce néctar solícita prodigue.
No por tu cara linda
Es justo que prescinda
Del baile doña Flor, del coliseo,
Del público paseo,
De visitar las tiendas de la plaza,
O tal vez de la cita misteriosa,
Do en adulterio torpe se solaza.
«¡Criar y más criar! ¡Jesús, qué empacho!
¡Compadézcanme ustedes!
Una mujer de tono entre paredes
No ha de pasar su juventud amena.
Pues ¡no faltaba más! ¡Y este muchacho
Que mama sin conciencia! Yo me seco.

¡Eh! que se desgañite en hora buena,
O que le den gazpacho.
No he de morirme yo por un muñeco.»
Así razona, y razonando engulle
Ya el canjilón de pingüe gelatina,
Ya la perdiz sabrosa o la gallina,
Ya la pintada trucha,
Ya un piélagos de espeso chocolate
Con esponjado bollo, o con tomate
Luenga magra se embucha
Del animal grasiento que abomina
El pueblo de Israel. El apetito
Del cuitado angelito
Con lacónico sorbo satisface,
Y, mármol a su queja,
Préndese la mantilla
Y eternas horas huérfano le deja.

En tanto al jugo del materno pecho
De insípida papilla
El glutinoso pábulo reemplaza,
Que ha de tragar el nene a su despecho,
Aunque su llanto el alma despedaza.
¡Vieras allí la reiterada pugna
De la fámula hedionda que la embute,
Y del labio infantil que la repugna!
¡Vieras allí de su grosera boca,
Que no es tan infernal la de una foca,
A la del puro y cándido retoño
Trasegar la bazofia maritornes!
Y si la arroja el desgraciado y chilla,
¡Erre que erre, y vuelta a la escudilla,
Y a la carga otra vez! Crudo tormento,
¡Oh Tántalo!, en castigo de tu crimen
Te depara de Júpiter la ira
Cuando a tu labio hambriento,
Que por ella sin término suspira,
Te defiende llegar la rubia poma
Que de fácil arbusto se desgaja;
Mas tal vez en crudeza le aventaja
La bárbara porfía
De forzar a que coma
Contra su gusto al prójimo o sin gana,
Aunque le den olímpica ambrosía.

Ciertas madres, y abundan en la Corte
(Yo pudiera citar una cohorte)
Criadas entre el oro y los placeres,
Desde que nace el niño (¡qué mujeres!)
Como odioso embarazo
Le arrojan sin piedad de su regazo.
Empero de otras madres (¡me horripilo!)

Más feroces quizá compran el quilo;
Que, arrebatadas de codicia inmunda
Y con el rostro enjuto,
El que dieron a luz mísero fruto,
Ya de casta coyunda,
Ya de torpe concúbite, almacenan
En público hospital, y al fruto ajeno
Después alquilan el ingrato seno.

¡Siglo de vanidad y de miseria!
¿Qué diría a las madres de la Iberia
Una madre de Esparta o de Corinto,
Si de Madrid se alzara en el recinto
Desde la yerta losa
Do su ceniza secular reposa?

No cual vosotras en serviles manos
Sus hijos entregaban;
Y no valían ellos
Menos que valen hoy los castellanos.
No sus pechos al párvulo negaban
Por conservarlos túrgidos y bellos.
¡Santa Naturaleza!,
Embelesada en su materno arrullo,
Les inspirabas tú más noble orgullo,
Y en mengua de su nombre y su memoria,
De efímera belleza
Abreviar no temían el imperio,
Si el público respeto granjeaban
Y a la virtud robustos y a la gloria
Los Leonidas, los Héctores criaban.

No entonces cual enjambre
Esguizaros con faldas se veían
Infestar la metrópoli opulenta
Que su sangre y su afrenta
Al que mejor pagaba revendían.

¡Qué es ver a la prolífera Cantabria,
Desde Irún a la Puebla de Sanabria,
Cual allá de sus mares
Acarrea besugos y salmones,
Madres acarrear al Manzanares!

¡Qué es ver tan mofletuda y tan rolliza
Ostentar en landó por ese Prado
Áureo galón sobre la verde falda
La pasiega Nodriza,
Que ocho arrobas ayer sobre su espalda

De algodón ambulaba y de terlices
En público mercado,
Y a riesgo de romperle las narices
Un robusto mamón de añadidura
En el cuévano inmenso postergado!

¡Qué es ver sobre su seno exorbitante

Sonreír un infante
Que otra mujer parió, y el dulce nombre
Prodigarla de madre, y de la propia
Algún beso tardío
Con desden rechazar y con hastío!
¡Oh de las Amas pernicioso flujo,
Trampas de la infeliz naturaleza,
Cual si hartas ya no hiciera en esta Corte
Al crédulo marido
La pérfida consorte!
¡Oh mundo corrompido!
¡Oh del soberbio, extravagante lujo,
Desvarío fatal, plaga ominosa!...
Pero hablemos en prosa,
Y dejemos el tono de cartujo.

Si hay madres, en efecto, muy merecedoras de la invectiva con que va encabezado este discurso, otras, y en número infinitamente mayor, acogen, miman y amamantan con ardiente idolatría al hijo de sus amores. También puede haber algo de ficción poética, o de hipérbole cuando menos, en la filípica que antecede. Acaso no sea este siglo más perverso que otros, y la imparcialidad nos manda declarar que en todos tiempos ha habido burras de leche y Amas de cría; y si es innegable que algunas de estas aciertan a ser algo más racionales que aquellas; por lo que respecta a la índole y a la genialidad, digámoslo así, cualquiera daría la preferencia a las primeras, esto es, a las Amas cuadrúpedas. Pero no involucremos las cuestiones; que ahora se trata de las madres en propiedad y no de las sustitutas.

Al amor de madre no hay afecto que le iguale, es el título de una comedia que no tiene más de bueno que el título; y ciertamente no hay amor tan entrañable como el de una madre; no cabe en el corazón humano un sentimiento más profundo, más legítimo, más desinteresado, ni más capaz de inspirar acciones heroicas y sacrificios sublimes. Y este sentimiento, como el más inmediatamente derivado de la naturaleza, es el menos accesible al nocivo influjo de las malas costumbres. En cada siglo, mientras dure el mundo, se contarán más Andrómacas que Medeas, y si la moda, la vanidad o el capricho son causas de que algunas madres aparezcan menos asiduas y fervorosas que debieran en el cuidado y educación de sus hijos, aun estas mismas, o no nacieron para amar, o es seguro que los aman sobre cuanto es amable en la tierra.

Pudiera argüírseme diciendo que la multitud, todos los días creciente, de Amas de leche, que hormiguean en la capital, atestigua contra la ternura de las madres españolas; pero conviene advertir que muchas confían con hartos dolores sus niños a zafias y descastadas pasiegas, no por punible desvío hacia ellos, ni por conformarse a las absurdas leyes del buen tono y de la elegancia, ni por miras de una higiene reprensible y de un refinado egoísmo, sino porque la falta de robustez les impone tan triste necesidad. Es cierto que, obedientes en demasía a las exigencias de una sociedad muy culta, muy galante y muy entendida, eso sí; pero más

frívola que previsora, a nadie tienen que echar la culpa sino a sí mismas del quebranto de su salud las que la lloran desmejorada por la tortura del corsé, del zapato y del cinturón, por los excesos de la danza, y por los abusos de la gula; ya que algún otro de los siete pecados capitales, que llaman mortales, no remuerda su conciencia. Dirán, empero, las que en este caso se hallen, que hartos afanes lleva consigo el embarazo, sin hacerlo más penoso sujetándose a molestas privaciones, y que por estar encinta una dama no se ha de incomunicar como una lechuza, ni ha de consentir que su mórbido talle rebose indisciplinado, y que los orbes depositarios del jugo lácteo (no cabe nombrarlos con más pulcritud) por falta de sujeción se desordenen y traslimiten. ¡Pobres señoras! Preciso es aceptar sus convincentes disculpas o no tener pizca de consideración y de crianza. Otras parturientas, por amor al feto que abrigan en sus entrañas, se han abstenido con loable abnegación hasta de los más inocentes placeres, y sin embargo se ven imposibilitadas de criar por sí mismas a sus caros hijuelos, y otras ¡mal pecado! o paren dos no teniendo víveres más que para uno, o lastimosamente fecundas conciben el segundo antes que sea posible destetar al primero sin inminente peligro de verle muerto de inanición. Semejantes trabajos no suelen afligir a las familias acomodadas: son privilegio ordinariamente reservado a las mujeres de los sastres sin ejercicio, de los empleados excedentes, o de los cómicos ambulantes. ¡Bendito sea Dios!

Infinidad de mujeres de esta muy heroica Villa necesitan, pues, por varios motivos delegar en otras los venerables deberes de la maternidad, y de aquí la necesaria afluencia de nodrizas de todas clases, dimensiones, cataduras y jerarquías.

El litoral de nuestro Océano cantábrico provee en su mayor parte a Madrid de esta humana mercancía, cuya casta más aventajada se produce en el famoso valle de Pas, de donde se deriva el nombre de pasiegas con que designamos a todas las Amas de leche, aunque no sean de menos pujanza y calibre las que proceden del Bierzo o de los montes de Oca. Pero haya pacido las yerbas del Septentrión, o las del oeste de la Península, es forzoso que la Nodriz sea montañesa; para aspirar a la honra de dar teta al mamón que nació en dorada cuna; y, aun así no está segura de conseguirlo si el médico no certifica después de un prolijo examen (¡diantre de médicos!...) que el Ama carece de todo vicio orgánico, que su leche es fresca, sana y abundante, que su estómago puede dar quince y falta al de un avestruz, y que la candidata podría en un apuro tirar de un cabriolé. Son cualidades no menos indispensables para pertenecer a la aristocracia de las pasiegas el tener facciones regulares, ya que no sean graciosas, el ser blancotas, coloradotas y carrilludas, y que sobre una espalda de vara y tercia de latitud columpie larga y trenzada la negra cabellera. Las manos pueden ser impunemente callosas y descomunales y se les permite gastar una piel de becerro para calzar cada una de sus enormes patas.

Las otras montañesas que en grado igual no poseen los mencionados requisitos pertenecen, unas a la clase media y otras a la plebe de las nodrizas trashumantes. Las primeras se colocan en casas decentes, aunque no de mucho rumbo; las últimas establecen su asiento (no digo cuartel general por lo mucho que se ha abusado ya de esta frase) agrupadas en los

portales de la plazuela de Santa Cruz y accesorias, como en la tela⁴ y otras afueras de Madrid los rebaños de ovejas; y así como la leche de estas, esto es, de las ovejas de extramuros, cuesta más barata; así también aquellas, quiero decir, las madres de alquiler estacionadas en dicha plazuela de Santa Cruz, se ajustan con más equidad. Entre tanto, hilan, o remiendan, o charlan, o riñen, o juegan a la brisca, esperando impacientes la hora de confinar en la Inclusa su chiquillo para dejarse chupar por el ajeno; y a falta de mejor acomodo, tienen bastante envidia y osadía para encargarse de alimentar con sus lascias mamilas y por un módico salario a diez de los desventurados inquilinos de aquel piadoso establecimiento; mas como Dios no las concede la gracia de repetir el milagro de los panes y los peces, aunque se afanen por suplir la falta de leche con tazas de nauseabunda y salchada papilla, la mayoría, si no la totalidad de sus alumnos, fallecen hambrientos y encanijados. Tales pasiegas y otras tales que no son pasiegas, y que, sólo por no serlo, para obtener colocación se ven precisadas a solicitarla, como si el cielo negase facultades maternales a las que nacieron orillas del Tajo, del Turia, o del Guadiana, acuden con frecuencia y ansiedad a la redacción del Diario de Avisos con este u otros anuncios semejantes:

NODRIZAS. -Encarnación
Valmojado, natural
De la villa de Alcobendas,
Busca cría. Abonará
Su conducta el limpiabotas
De la calle de la Paz.

Hay también nodrizas clandestinas y vergonzosas como hay madres anónimas y vergonzantes, aconteciendo más de una vez que la flaqueza de las unas sirve de salvaguardia, o si se quiere, de editor responsable a la fragilidad de las otras. Los cirujanos comadrones y los administradores del Refugio, confidentes habituales de semejantes episodios, nos revelarían sobre este particular anecdotillas tan curiosas como interesantes, si les fuera lícito quebrantar el religioso sigilo a que su caridad y sus juramentos les obligan; pero madres y nodrizas sin duda alguna fueron víctimas, no de sus instintos pecaminosos..., ¡vaya!..., sino de su credulidad e inexperiencia.

Una vez instalada la Nodriza (hablo de las que crían en casa ajena; que las otras no tienen tantas ocasiones para ser exigentes); una vez posesionada de su empleo, ejerce, no sólo sobre su cría, sino sobre toda la familia, y parte de la vecindad, un despotismo que está muy lejos de ser ilustrado. Empieza por ser Ama de leche únicamente y acaba por ser ama en toda la extensión de la palabra. Sea primeriza y como tal no haya tenido medios todavía para equiparse; o a fuer de veterana conserve en su país dentro de un apolillado arcón tantos vestidos completos por lo menos como sean las casas donde ha servido, es de rigor que ha de presentarse a

las vistas casi en el estado de nuestra madre Eva. Exige, por tanto, como primera condición que se la vista de pies a cabeza; y gracias si se da por satisfecha con un solo traje; que muchas quieren otro más fino y lujoso para los días de fiesta. Casas hay donde, por su propio decoro, o por hacer ostentación de su opulencia, nada escasean los señores sobre este punto, ni sobre alguna de las gollerías que sin cesar están pidiendo las Amas con insaciable avaricia y desvergonzada inconsideración; pero el lujo de unas pasiegas excita la envidia de las otras, y sus amos necesitan hacer continuos y no leves sacrificios para tenerlas contentas, no sea que viéndose contrariadas tomen una rabieta y de sus resultas den mala leche a los inocentes chicuelos. Porque bueno es prevenir a los que lo ignoren, por no haber tenido fruto de bendición, o porque con una prójima de Pas no haya entrado todavía la maldición en sus hogares; bueno es prevenir, repito, que esas acémilas bautizadas son muy propensas a la hidrofobia. Ni basta muchas veces a domesticarlas la no interrumpida condescendencia con que los que de ellas forzosamente se valen, acaso en justa expiación de sus culpas, satisfacen todos sus antojos; que aun así acostumbran a responder con un par de coces a las más inofensivas amonestaciones, y hasta a los mismos halagos. ¡Oh! y han de tener ustedes entendido que cuando ellas tiran un par de coces..., regla general, siempre quedan preparadas para otro.

Sabido es que todos los días tienen las consabidas un pretexto para conspirar contra el bolsillo de sus amos. Son gentes que tienen en la uña el almanaque, y no hay en la casa aniversario, más o menos plausible, que no exploten en su provecho. ¿Llegan los días o cumpleaños del Señor, de la Señora y de cada uno de los señoritos? Regalo. ¿Asciende el amo, o le nombran senador, o gana un pleito? Propina. ¿Suenan rabeles y zambombas? Aguinaldo. Pero la mina inagotable para una Ama de cría es el mismo pimpollo a quien sustenta y arrulla. Todos los progresos que va haciendo, físicos o intelectuales, son para ella otras tantas adehalas. Que se ríe; que dice ajó, ajó; que hoy hace pinitos y mañana el gesto de la vieja; que menea el sonajero; que estrena los andadores y la pollera; que le visten de corto; que le ponen zarcillos; que sufre la operación de la vacuna; que le confirma un obispo *in partibus infidelium*; todos son milagros de la leche que mama, todas son gracias que es necesario atribuir y recompensar a los desvelos de la madre alquilona. ¿Y la dentición? A cada huesecillo que cuaja en las tiernas encías, a cada nuevo poblador de aquellas desiertas mandíbulas, nueva petición de la importuna montañesa; o en otros términos, a cada diente que le nace al heredero es forzoso sacar una muela a su padre.

Cuando nuestras heroínas se presentan en las casas, que no tardarán en mirar como país conquistado, a todo se allanan; protestan tener paladar de fraile y estómago de pobre; llenen ellas el buche, y aunque sea de berzas y nabos; pero lograda ya su admisión y a medida que van usurpando a las madres efectivas el cariño de las criaturas, insinúan poco a poco dengues, apetitos y delicadezas que contrastan de notable manera con su rústica extracción y su insolente obesidad; y llega día en que es preciso recorrer todas las fondas y todos los mercados de la Corte y arrabales para satisfacer su voraz inapetencia. ¡Cuántos padres, resignados a la frugal comida que vulgarmente llaman sota, caballo y rey, gimen en silencio

viéndolas saborear los ricos manjares de que ayunan ellos por no apresurar la ruina que les amenaza! Azotes de los demás criados, donde los hay, lejos de ayudarles en sus faenas, como un día prometieron, los mandan con más autoridad y urgencia que los amos; con chismes y peloterías y calumnias les roban la confianza y afecto de que son tal vez más dignos que su tirana; se desdeñan de alternar con ellos en la cocina, y exigen por lo menos que se les ponga mesa aparte las que no se sientan muy orondas a la mesa de sus señores dándoles martirio con sus groseros modales.

¡Pobre del ciudadano que tiene hijos y abre, por ende, sus puertas a tan horrible calamidad! Pues ¿qué diré si el pobre ciudadano es además ciudadano pobre? No hay ahorros y economías que basten a sufragar tantos dispendios. El Ama es una lima sorda, una carcoma perdurable, una calentura lenta, y hay cristiano que con dos lustros de abstinencia no se redime de los empeños que contrajo en dos años de lactancia.

Pudiera suceder que, así como todas las susodichas saben al dedillo la gramática parda, algunas supieran igualmente deletrear, y llegase a sus manos este articulejo, o se lo oyeran leer a algún oficioso ayuda de cámara; y por tanto declaro, como haya más lugar en derecho, que todo lo que he dicho de las nodrizas en general no obsta para que algunas en particular sean mujeres muy honradas y temerosas de Dios. Antes que incurrir en la tremenda cólera de una pasiega y de verme acaso en el duro trance de luchar con ella a brazo partido, prefiero cantar esta especie de palinodia. Y diré más: estoy íntimamente persuadido de que habrá algunas que lleguen a encariñarse con los chiquillos a quienes crían tanto como si los hubiesen parido.

Hecha la precedente salvedad, y para no moler más a mis lectores, acaso empalagados ya de tanto laticinio, confesaré también que aun las Amas de más áspera condición se amansan cuando se va acercando el para ellas muy desagradable, como para los padres muy lisonjero momento del destete; mansedumbre que tiene el doble objeto de prorrogar cuanto puedan su dictadura y el ser a la despedida más liberal y generosamente remuneradas. Pero la nodriza de raza y de buen trapío no permanece mucho tiempo cesante. O después de criar a un niño conserva todavía bastante repuesto para abastecer a otro, o recurre a los medios ordinarios de proveer nuevamente del almo licor las fuentes de la vida. ¡Dios me libre de imaginar que en un rapto de filantropía contribuya al logro de sus designios el señorito de la casa! Para constituirse una individua de esas en la situación interesante que la Providencia suele deparar a las reinas de Inglaterra, no ha menester inspirar excéntricas pasiones. Un viaje a la tierra, y Cristo con todos. Allí la espera fiel, amoroso y lozano su marido y conjunta persona; y también alguna vieja maligna que más adelante ajuste con nimia escrupulosidad cuentas que no son de su incumbencia, y en que pone sin embargo sus cinco sentidos mejor que en las del rosario.

«Pero, tía fulana, responde la tía mengana, no sea usted el enemigo.

Pensando piadosamente...» «No hay tu tía, replica la otra tía. ¡Son habas contadas! O al chico de Jeroma le faltan cinco semanas para ser sietemesino, o el papamoscas de Tiburcio puede y debe probar la coartada.»

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

